

dieron á los dos dias (1.º de noviembre) la vuelta para Sevilla, donde fueron recibidos en solemne procesion por el clero y el pueblo, en medio de aclamaciones de júbilo y llorando todos de alegría (1).

Asombra la relacion de las riquezas que los cristianos trajeron á Sevilla recogidas en aquella batalla y principalmente en la tienda del emir. Multitud de monedas de oro de valor de cien doblas marroquíes, barras gruesas de oro muchas, brazaletes y collares de las moras en gran cantidad, alfanges guarnecidos de oro y plata esmaltados de piedras preciosas, espuelas de lo mismo, tiendas de paños de oro y seda riquísimas y de gran precio, tanto que habiendo caido una gran parte de esta riqueza en manos de la chusma, y habiendo huido con ella fuera del reino, bajó una sexta parte el valor del oro en París, en Aviñon, en Barcelona, en Valencia y en Pamplona (2). Muchos objetos recobró todavía el rey á mas de los que él traia, y algunos figuran aun entre los trofeos gloriosos que decoran la armería régia de Madrid. El monarca los colocó con separacion en su palacio, é invitó á su suegro el de Portugal á que tomara de ellos los

(1) Crón. de don Alfonso, capít. 254 á 255.—Zúñiga, Anales de Sevilla, lib. V.—Conde, part. IV. cap. 24.—Ben Alkatib, en Casiri, tom. II.—Ayala, Hist. de Gibraltar, lib. II.—Bleda, Coron, lib. IV.—Argote de Molina, Nobleza de Andalucía, lib. II.—La batalla del Salado es la que los árabes

nombran batalla del Wadalecito. (2) «Et tanto fué el aver que fué levado fuera del regno, que en París, et Avignon, et en Valencia, et en Barcelona, et en Pamplona, et en Estella, en todos estos logares bajó el oro et la plata la sesma parte menos de como valió.» Cronica, cap. 256.

que quisiera. El generoso portugués solo cogió algunas espadas, sillas, frenos y espuelas, notables por su maravillosa labor, mas no quiso tomar moneda alguna, por más que á ello le instó el de Castilla. Entonces éste le dió al noble cautivo Abu Ali, con otros de los mas esclarecidos prisioneros, con lo cual marchó Alfonso IV. de Portugal muy satisfecho á su reino, acompañándole el castellano hasta Cazalla.

Quiso el rey de Castilla hacer participante al papa de los trofeos de una victoria que resonó por todos los ámbitos del orbe cristiano, y envió á Juan Martinez de Leyva á Aviñon, residencia del pontífice Benito XII., con un magnífico regalo. Muchos cardenales salieron á mas de dos leguas de la ciudad á recibir el enviado español. El ilustre mandadero entró en Aviñon con el pendon de Alfonso de Castilla enarbolado. Delante iban los mejores caballos árabes cogidos en la lid, todos ensillados, colgando de arzon á cada uno de ellos una adarga y una espada, llevados de la rienda por otros tantos pages. Al lado del pendon iba el caballo que el rey Alfonso habia montado el dia de la batalla, tal como le habia llevado al combate, con su caparazon de malla de acero bruñida y dorada sobre una tela de seda encarnada, con su silla y sus estribos anchos y cortos á usanza de los árabes. Marchaban detrás veinticuatro cautivos moros, con otros tantos estandartes berberiscos cogidos en la batalla. Cuando el de Leyva se acercó al pontí-

fice, y le ofreció los presentes de su rey y señor, el papa con visible complacencia descendió de su silla pontificia, y tomando con su mano el pendon de Castilla entonó el *Vexilla Regis prodeunt*, que repitieron á coro los cardenales, los obispos y todo el clero. Mandó hacer aquel dia solemnnes procesiones, concedió indulgencias, celebró él mismo la misa y predicó un elocuente sermon comparando el triunfo de Alfonso sobre los musulmanes al de David sobre los filisteos, y haciendo un paralelo entre el presente que le enviaba el rey de Castilla con la ofrenda que en otra ocasion semejante hizo el rey Antioco al pontífice Simeon. La bandera del rey Alfonso XI. de Castilla junto con los despojos del vencido Abul Hassan fueron suspendidos por su orden en la capilla pontifical para que fuesen eterna memoria y glorioso recuerdo á las edades futuras. Concluyeron las fiestas de Aviñon con iluminaciones y juegos públicos ⁽¹⁾.

Despues de la victoria de el Salado y en la primayera siguiente (1341) salió don Alfonso nuevamente de Sevilla para correr las tierras de los moros granadinos. En estas incursiones les tomó á Alcalá de Benzayde (Alcalá la Real), Priego, Benamejí, Rute y otras varias fortalezas y villas. Mas noticioso de que Abul Hassan andaba aparejando otra flota para desembarcar de nuevo en España, fijó su pensamiento en cerrarle las puertas de la península quitándole la

(1) Cron., cap. 257.

plaza de Algeciras, puerta por donde tantas veces habia venido ó la pérdida ó el peligro de ella á España. Para subvenir á los gastos de esta espedicion congregó las córtes del reino en Burgos, y les hizo presente la necesidad de que le asistiesen con recursos extraordinarios para una empresa tan útil y de que habian de resultar tantos bienes. Agotadas como se hallaban las rentas ordinarias del estado, y atendido lo sobrecargados que estaban los labradores y pecheros, concediéronsele las alcabalas de todo el reino (1342), que era el impuesto de un tanto por ciento con que se gravaban las compras y ventas, sin que se eximieran en este caso de él los hijosdalgos y los caballeros ⁽¹⁾.

(1) *Alcabalas*. Un pasage de la Crónica de Alfonso el Onceno, que dice: «*Et porque esto era pecho nuevo, et fasta en aquel tiempo nunca fuera dado á ningun rey en Castiella nin en Leon*», ha dado origen á la general creencia de que el oneroso impuesto conocido con el nombre de *alcabala*, que por tantos siglos se ha mantenido en España, tuvo su origen en las córtes de Burgos de 1342, y de que entonces por primera vez se conoció este gravámen. Creemos que este es un error que Mariana y otros historiadores, guiados sin duda por la crónica de Villaizan, ayudaron á difundir. Nos fundamos para ello en los datos siguientes: 1.º En la escritura de donacion hecha por doña Jimena Diaz, muger del Cid, á la iglesia de Valencia en 1101, en que le cede, entre otros derechos, las alcabalas máximas y mínimas, las cuales, conforme á la escritura, eran una imposicion sobre el comercio. Berganza, *Antigued.*, lib. VII. cap. 7. —Yepes, *Cron. de San Benito*, tom. VI., *Escrit.* 52.—2.º En la carta-puebla que don Pedro Fernandez, maestre de Santiago, dió á los vecinos de Uclés el fuero de Sepúlveda confirmado por don Alfonso en 1179, en que se habla de haber retenido el rey para el señor de la villa la alcabala de los carniceros.—3.º En la Crónica de Alfonso X., cap. 21. referente al año 1271, en que se lee: «*E otrosí que se agraviaban los hijosdalgo del pecho que daban en Burgos que decian alcabala*». 4.º En dos privilegios de Fernando IV, uno del año 1300, otro del 1310, dado el primero á los moradores de Gibraltar, el segundo á los de Medina Sidonia, concediéndoles la franquexa de la alcabala en los pueblos á donde fueren á vender y comprar.—5.º En la exencion que segun el testimonio de Ortiz do

Pasó Alfonso una parte de aquel año en visitar las ciudades de Castilla y de Leon, pidiendo las alcabalas, que en todas partes le eran otorgadas, y entreteníendose en ejercicios de montería á que era muy apasionado, haciendo una guerra viva á los osos y venados de los montes siempre que hallaba ocasion de descansar de la guerra contra los moros, y no pocas veces dedicaba á la caza de las fieras el tiempo que le hubiera venido bien emplear en perseguir infieles (1).

Antes de emprender el sitio de Algeciras habíale llegado la flota genovesa dos años antes contratada, mandada por el almirante Bocanegra. El rey de Portugal le envió tambien diez galeras que mandaba Carlos Pezano, hijo del almirante genovés Manuel. Estas dos flotas comenzaron muy luego á hacer importantísimos servicios al rey de Castilla ganando parciales triunfos sobre las galeras africanas y grana-

Zúñiga consiguieron los procuradores de Sevilla de la renta de la alcabala de las bestias durante la menor edad de Alfonso XI.—Son los mismos fundamentos que espuso el conde de Berwick en su Informe legal sobre incorporacion de las alcabalas de Monforte, y que nos parecen concluyentes. Puede verse tambien la defensa de las alcabalas del marqués de Astorga en el pleito sobre incorporacion á la corona, hecha en 1782.

Lo que hubo en nuestro entender fué que en las citadas córtes de 1342 se concedieron las alcabalas al rey don Alfonso el Onceño con una generalidad y bajo unas

bases cuales hasta entonces no se habian usado, en cuyo sentido pudo decir el cronista que era un pecho nuevo y nunca hasta aquel tiempo dado á los reyes de Castilla y de Leon, á lo cual se agrega la circunstancia de haberse hecho desde aquella época una contribucion ó gravámen permanente en el Estado.

(1) La Crónica en muchos capítulos. Y en el 266 dice: «Et este rey era de tal condicion, que quando le menguaba de contender et trabajar contra los euemigos, contentia et trabajaba contra los venados de los montes.»

dinas que andaban por el litoral del Mediodía. El rey iba recibiendo estas buenas nuevas de paso que él se encaminaba á Sevilla y Jerez. En las Cabezas de San Juan, donde antes habia sabido el desastre del almirante Jofre y de la armada castellana, allí mismo supo ahora que las flotas confederadas de Génova, Castilla y Portugal habian derrotado completamente la escuadra granadina y marroquí fuerte de ochenta galeras y otros navíos de guerra, apresando ó incendiando al enemigo hasta el número de veintiseis, dispersando las demas, de las cuales algunas se refugiaron en Ceuta. Gran contento causaban al rey estas noticias, feliz presagio de la empresa que iba á acometer. Despues de este triunfo el almirante de Portugal pidió permiso á Alfonso para retirarse con su flota, puesto que ésta habia venido pagada solo por dos meses, los cuales eran ya cumplidos. Mucha pena causó esta determinacion al de Castilla, mas para su consuelo no tardó en arribar una armada de Aragon, la cual habia tenido la fortuna de derrotar al paso en Estepona trece galeras musulmanas que andaban por allí dispersas y sin rumbo.

Con tan prósperos y lisonjeros preliminares se movió Alfonso de Jerez para Tarifa y Algeciras. Bien hubiera querido emprender desde luego el cerco de esta última plaza, aprovechando el desaliento en que tenia á los musulmanes su derrota naval: pero siendo su hueste corta, y escasos los víveres con que conta-

ba, hubo de contentarse al pronto con hacerla bloquear por los dos almirantes. Las circunstancias mismas le hicieron ver que era mas peligrosa para él y para los suyos estar tan apartados de la ciudad, y le obligaron á aproximarse ocupando una altura, á cuya falda mandó hacer un profundo foso entre la plaza y su campamento. Un suceso inesperado vino á afligir, ya que no á desalentar á los sitiadores. La flota aragonesa fué llamada por el rey de Aragon para atender con ella á las necesidades de su reino, y el almirante Ramon de Moncada abandonó con sus naves las aguas de Algeciras. Resuelto, sin embargo, Alfonso á no levantar el cerco, escribió al aragonés recordándole la obligacion en que estaba de ayudarle con arreglo á anteriores pactos; dirigióse al de Portugal rogándole le volviese á enviar sus galeras, con mas dos millones de maravedís sobre la hipoteca de algunas plazas y villas que le designaba; al rey de Francia le pidió un empréstito ofreciéndole en prenda y garantía su corona real y sus mejores joyas; y despachó letras al papa encareciéndole los bienes que á la cristiandad resultarían de la conquista de Algeciras, y pidiéndole las gracias de cruzada y los diezmos de la Iglesia. El de Aragon le envió diez galeras, que no dejaron de serle útiles: el de Portugal le acudió con otras diez, pero no con el empréstito, y el pontífice y el rey de Francia contestaron con el silencio á las instancias del monarca castellano.

El sitio se prolongaba, dando lugar á incidentes de todo género. Murió el gran maestre de Santiago, y como los caballeros de la orden no pudieran ponerse de acuerdo para la eleccion de sucesor, determinaron ofrecer al rey aquella dignidad para su hijo don Fadrique, sin reparar ni en que fuese menor de edad, ni en su calidad de bastardo, como hijo de la Guzman. Todo se remediaba con la dispensa del papa que él solicitó y obtuvo fácilmente; y don Fadrique quedó hecho gran maestre de Santiago. Los moros de Algeciras, cuya guarnicion consistia en ochocientos ginetes y doce mil infantes enviaron mas de una vez al campo cristiano emisarios que bajo diversos disfraces, y fingiéndose escapados y haciéndose amigos del rey Alfonso, llevaban la mision de asesinarle. Esta misma abominable astucia la vimos ya empleada por los moros de Sevilla, cuando estaban sitiados por San Fernando. Felizmente ahora como entonces los traidores fueron descubiertos y pagaron con la vida su alevosía. Trabajos grandes esperaban á Alfonso y á sus castellanos en este cerco. Con el otoño sobrevinieron las lluvias en tal abundancia, que las tiendas y barracas eran destruidas y arrastradas por los torrentes: el campamento se convirtió en un lago fangoso; hombres y caballos vivian como embutidos en agua y lodo; los que se acogian á las cuevas las hallaban por la mañana henchidas de agua y algunas se desplomaban sobre ellos; hasta en una casita de

madera cubierta con teja que se habia construido para el rey llegó á entrar el agua hasta su misma cama, en términos de verse forzado á levantarse y pasar el resto de la noche en pie⁽¹⁾. Hombres y bestias enfermaban y morían. Fué menester trasladar el real á la arena de la playa. Llovió sin cesar desde setiembre á noviembre (1342). Era admirable el sufrimiento de los cristianos. Tampoco á los sitiados les favoreció tan copiosa lluvia, toda vez que poniéndose intransitables los caminos, de ninguna parte podían entrarles provisiones, y el agua los bloqueaba más que los enemigos.

Cesó al fin la lluvia, acercáronse más los sitiadores, y comenzaron los combates, las salidas y los reencuentros diarios y parciales con éxito vario. Aproximaron los cristianos dos torres de madera á los muros, y con sus máquinas é ingenios hacían bastante daño en las murallas y torres de la ciudad: sin dejar por eso de trabajar en la cava y en otras obras, presente el rey á todo, mezclado continuamente con los trabajadores, alentándolos con su ejemplo, haciendo de general y de soldado, y esponiendo á cada paso su vida. Mas la cava, dice la Crónica, «era tan cerca de la ciudad que desde el adarve les daban muchas

(1) «Et fueron tantas estas aguas que maguer que el rey fizo de aquel otero casa de madera cubierta de teja, non avia en su posada un logar en que non lloviese. Et algunas noches acaesció que

fuese tanta el agua que entró en la cama dó el rey yacía, que se ovo de levantar de la cama, el estar en pie la noche fasta que era de día.» Cron., cap. 276.

saetadas, et tirábanles muchas pellas de fierro con los truenos, et ferian, et mataban los cristianos⁽¹⁾.» No pasaba día en que no se pelease. Llegóse así el mes de febrero (1343), y como el tiempo era ya más benigno, diariamente acudían al campo cristiano los concejos de las villas y ciudades con sus pendones, que solían conducir los obispos. Con esto se iba estrechando el cerco todo en derredor de la ciudad; continuaban las obras de ataque, las trincheras, fosos y parapetos, trabajando de noche por ser menor el peligro. El rey hizo ceñir el puerto con una fuerte estacada sujeta con cadenas para impedir la entrada á las naves enemigas: encima de la estacada colocaban toneles llenos de tierra. Cada día se levantaban torres de madera montadas sobre ruedas, pero el fuego de la artillería de la plaza desbarataba pronto ó incendiaba

(1) La mención que en diversos capítulos hace la Crónica de estas pellas de fierro lanzadas con truenos, que venían ardiendo como fuego, de que los polvos con que las lanzaban eran de tal manera, que cualquier llaga que ficiessen luego era muerto el ome, y el hablar todavía más adelante (cap. 337) de barcos que llegaron á los moros cargados de pólvora con que lanzaban los truenos, es lo que ha inducido á la general creencia y persuasión de que los moros hicieron por primera vez uso de la pólvora y de la artillería en este sitio de Algeciras. Pero ya hemos probado con los mismos historiadores árabes que antes la habían usado ya en los sitios de Baza y de Tarifa.

Ya un podemos con fundamento traer el conocimiento, uso y empleo de la artillería entre los árabes de mucho más antiguo, de cerca de un siglo atrás, de 1227, en el sitio que Alfonso el Sabio puso á la plaza de Niebla, según observamos en la nota segunda al capítulo 4.º de este libro, copiando aquellas palabras del historiador árabe, en Conde, parte IV. cap. 7.º. «Y lanzaban piedras y dardos con máquinas, y tiros de trueno con fuego.» Creemos, pues, que si Mariana hubiese leído las historias árabes no hubiera dicho hablando del cerco de Algeciras en 1344: «Esta es la primera vez que de este género de tiros de pólvora halló hecha mención en las historias.»

estas frágiles máquinas. Cansados los cristianos de ver tan á menudo inutilizadas todas sus torres y bastidas, construyeron un gran cadahalso (castillo) vasto y elevado, y no obstante tan ligero que podia ser movido fácilmente, desde el cual combatian al abrigo muchos hombres; este castillo rodante hizo á los sitiadores importantes servicios.

La fama de tan prolongado asedio y de la heroica perseverancia de Alfonso y de sus castellanos habia resonado en toda la cristiandad. Esto atrajo al campo de Algeciras cruzados de Francia, de Alemania y de Inglaterra, con los condes de Arbi y de Solusber, que asi los nombra la Crónica, y el duque de Lancaster, príncipe de la sangre real á su cabeza. Acudió igualmente en la primavera Gaston de Bearne, conde de Foix, con otros caballeros de Gascuña. El rey Felipe de Navarra envió al de Castilla una flota cargada de bastimentos, anunciándole que no tardaria en venir en persona, como lo verificó en el mes de julio, seguido de cien caballos y de trescientos infantes. Desconociendo estos auxiliares estrangeros el sistema de guerra que era menester emplear contra los moros, expusieron imprudentemente á mil peligros en que hubieran perecido sin las medidas y oportunos socorros del rey de Castilla. El papa y el rey de Francia le enviaron tambien por último algunos subsidios (veinte mil florines el uno, cincuenta mil el otro), que se invirtieron en pagar los soldados de la flota genove-

sa, que no toleraban bien los atrasos en sus pagas ni estaban habituados á vivir del crédito. No bastando todavía estos recursos para cubrir las necesidades urgentes del ejército, reunió don Alfonso los prelados, ricos-hombres, caudillos y caballeros, y los de los concejos que seguian la hueste, y exponiéndoles el estado de penuria y de pobreza en que se hallaba, «ca los de la hueste eran en grand afincamiento et dábanle muy grand quexa, et él non tenia que les dar,» otorgáronle dos monedas foreras en todo el reino, facultándole para que mientras esto se cobraba pudiese pedir y tomar prestado. Por último, el rey de Aragon añadió otras diez galeras á las que ya estaban al servicio del de Castilla, auxilio que dió á Alfonso no poco contentamiento.

Todo venia muy á sazón y nada sobraba, porque ademas de haber sabido el rey que el de Granada se hallaba con su gente en el Guadiaro dirigiéndose al campo de Gibraltar, y que la armada de Africa estaba en Ceuta pronta á cruzar el estrecho, volvióse el conde de Foix á su tierra, sin que bastaran razones ni ruegos á detenerle, ó por mejor decir, intentó volver, que no pudo pasar de Sevilla donde adoleció y sucumbió. El maestré de Alcántara murió tambien con muchos caballeros de la órden, ahogados y llevados por las aguas al atravesar el rio Guadarranque, con cuyo vado no atinaron por la oscuridad de la noche. El rey de Navarra partió muy enfermo del campamento (se-

tiembre, 1343), y finó igualmente al llegar á Jerez. Los víveres escaseaban; faltaba cebada para los caballos y pan para los hombres. Valiales á los cristianos las presas que de tiempo en tiempo solian hacer de algunas galeras cargadas de mantenimiento de las que el rey Abul Hassan enviaba para abastecer á los sitiados, con lo cual si en el campo habia escasez era aun mayor la necesidad que los de la plaza padecian. A pesar de todo no cesaban los combates por mar y tierra; y como se aproximaba ya otro invierno, asi las naves españolas como las africanas sufrieron temporales terribles y borrascas tempestuosas en aquellos agitados mares. La armada de Africa arribó por fin á la playa y campo de Gibraltar, con el príncipe Aly, hijo del rey Abul Hassan, y muchos principales Beni-Merines. Entre africanos y granadinos componian cuarenta mil infantes y doce mil caballos. Sus flotas reunidas mas de ciento cuarenta velas.

Necesitábase un corazon de hierro, una constancia de héroe y una paciencia de mártir para sufrir sin desmayar tantas privaciones y fatigas, tantos desvelos y cuidados, tan continúa é incesante pelea, tantos personales peligros, tantas mortificaciones y contrariedades, asi por parte de los elementos como de los hombres, asi por parte de los enemigos y estraños como de los aliados y amigos. Tambien los genoveses quisieron abandonar al rey Alfonso de Castilla por la queja perpétua de la falta de pagas. Recelaba Alfonso

que aquellos mercenarios proyectaran ir á servir á los moros en razon á haberles ofrecido Abul Hassan cuantas doblas quisiesen si se apartaban de la ayuda y amistad del rey de Castilla, y para mantenerlos en su servicio fué menester que el rey, y á su ejemplo los prelados y ricos-omes y los oficiales de su casa se deshiciesen de cuanta plata tenian, y que con esto y con algun dinero que tomó prestado les completase las pagas que les debia. No tardó el almirante de la flota aragonesa en manifestar igual resolucion de retirarse con sus veinte galeras por la propia causa de atraso en las pagas. Para contener á los de Aragon tuvo Alfonso que tomar prestado de mercaderes catalanes y genoveses con el correspondiente interés y fianza lo necesario para pagar por dos meses las veinte galeras. Con esto crecia la escasez y la miseria en el ejército castellano: los caballos y acémilas se morian por falta de mantenimiento, y los hombres sufrían con cristiana y admirable resignacion la privacion de las cosas mas necesarias á la vida.

Intentó en una ocasion el rey incendiar la flota enemiga que estaba en la bahía de Gibraltar, á cuyo efecto un dia que soplabá viento oeste hizo que sus naves llevando grandes barcas cargadas de leña seca fuesen á buscar las de los moros, y poniendo fuego á aquellas maderas y empujando las barcas procuraban que las llamas se comunicasen ayudadas por el viento á las galeras sarracenas. Pero apercebidos los mo-

ros, cubriendo las delanteras de sus naves con mantas empapadas en agua, con otros recursos que emplearon, y haciendo trabajar á sus ballesteros, hicieron inútil la maniobra de los castellanos, y salióles á estos vana su tentativa. Noticioso el rey de que algunas zabras y saelías moriscas rondaban el estrecho con el fin de socorrer con viandas á los sitiados de Algeciras que carecian de pan y casi de todo sustento, todas las noches se embarcaba el monarca en un bote para recorrer y vigilar la costa y hacer á los demás andar vigilantes y despiertos, temiendo todos que no bastaria su robustez para resistir á tanta fatiga, y que de ello le resultara quebranto á su salud: porque ademas de dia atendia á dirigir los ataques de la plaza y no se daba un momento de reposo.

Eran ya pasados los últimos y mas rigorosos meses del invierno de 1343, y habíase entrado en los primeros de 1344. El punto por donde atacaban al ejército cristiano las fuerzas confederadas de Granada y de Africa, mandadas por el emir granadino Yussuf Abul-Hagiaz y por el príncipe merinita Ali, hijo del rey Abul Hassan de Marruecos era el pequeño río Palmoner que dividia los dos campos (1). Por tres veces intentaron los sarracenos dar en sus orillas un combate general, y otras tantas salieron escarmentados y

(1) El Palmoner es un riachuelo que nace de las gargantas de la serranía de Ronda, y pasa por entre San Roque y Algeciras en el término de los Barrios.

vencidos. Llegó por fin el mes de marzo, y con él el plazo en que Alfonso y sus castellanos habían de recoger el fruto de tan penosos y largos sacrificios. Cuando el rey de Castilla habia enviado á pedir refuerzos y concejos de Andalucía y Extremadura, y cuando habia emprendido nuevos trabajos al pie de los moros mismos de la ciudad, un moro principal salió de la plaza y solicitó hablar al rey. La mision de este moro era la de proponer al monarca cristiano la entrega de Algeciras en nombre y con autorizacion de los dos emires de Africa y de Granada, á condicion de que los sitiados saliesen libres y salvos con sus haberes, de que se firmasen treguas por quince años con los reyes musulmanes, y de que el de Granada se reconoceria su vasallo dándole cada año en párias doce mil libras de oro. Consultado por el rey el negocio con los de su consejo, opinaron algunos que no se debia aceptar, sino que la ciudad deberia ser entrada por fuerza y descabezar cuantos moros en ella hubiese: otros fueron de dictámen de que debia admitirse el partido que proponian: el rey se adhirió á estos últimos sin hacer mas modificacion en las proposiciones que la de limitar la tregua á diez años en lugar de los quince que los moros pedian. Convenidos en esto los príncipes musulmanes (26 de marzo, 1344), Alfonso XI. de Castilla y de Leon hizo su entrada triunfante en Algeciras con sus valientes y heroicos castellanos, con todos los prelados, ricos-hombres, caballeros y conce-

jos que componian su hueste. Las banderas de Castilla tremolaron en las almenas y torres de la ciudad; la mezquita mayor se convirtió en templo cristiano, y púsosele la advocacion de *Santa María de la Palma*, en conmemoracion del Domingo de las Palmas en que se hizo la solemne consagracion. El rey pasó en seguida á aposentarse en el alcázar.

«Así terminó, dice un erudito escritor extranjero, despues de veinte meses, el sitio de Algeciras, memorable ejemplo de lo que puede la voluntad de un solo hombre, teniendo que luchar á la vez contra los elementos y contra la falta de dinero, de víveres, de aliados y de recursos (y contra poderosos príncipes y soldados valerosos y aguerridos, pudo añadir). La España se personifica aquí en Alfonso XI., digno representante de ese pueblo en que el genio es raro, pero en que suple la paciencia, en que se encuentran menos grandes talentos que grandes caracteres⁽¹⁾. El piadoso monarca anunció al Santo Padre la conquista de Algeciras, conquista cuya inmensa importancia no comprendió la cristiandad.» El rey de Marruecos quedó conmovido y admirado de la generosidad y grandeza de alma del rey de Castilla al ver que le devolvía sin rescate alguno sus hijas cautivadas en la batalla de *el Salado*. El de Granada se dedicó á embellecer su ciudad y hacer reinar el orden y fomentar las

(1) Es un escritor extraño el que habla.

letras, la cultura, la industria, la prosperidad interior en su pequeño estado⁽¹⁾.

Las revueltas que luego sobrevinieron en Africa, y el resultado de ellas, que fué apoderarse del trono y del reino un hijo de Abul Hassan, que los nuestros nombran Abohanen y entre los africanos fué conocido por Almotwakil⁽²⁾, haciéndose por consecuencia dueño de sus posesiones en España, fueron circunstancias que escitaron á Alfonso á pensar en nuevas conquistas. Dólfale ver á Gibraltar en poder de infieles, no estaba tranquilo mientras viera á los sarracenos poseedores de un puñado de tierra en la península, y creíase desobligado, y así se lo persuadian muchos, de guardar con el hijo la tregua concertada y jurada con el padre. Espuso este pensamiento y solicitó recursos para su ejecucion en las córtes de Alcalá de Henares de 1348.

Célebres fueron estas córtes de Alcalá, y forman época en la historia política y civil de Castilla, así por su generalidad y por la famosa disputa de preferencia entre dos ciudades, como por las leyes importantes que en ellas se establecieron. Diez y siete ciudades enviaron sus diputados á estas córtes: Burgos, Soria, Segovia, Avila y Valladolid, de Castilla la Vieja; Leon,

(1) La Crónica de don Alfonso el Onceno dedica á la relacion del sitio de Algeciras 69 capítulos y 430 páginas en 4.º mayor.—En los árabes de Conde ocupa poco más de una página.

(2) Cron. de don Alfonso XI., cap. 344.—Conde, part. IV., capítulo 22.—Antes habia intentado lo mismo otro de sus hijos llamado Abderrahman, al cual mandó su padre decapitar.

Salamanca, Zamora y Toro, del reino de Leon; Toledo, Cuenca, Guadalajara, Madrid, de Castilla la Nueva; y de Andalucía y Murcia, Sevilla, Córdoba, Murcia y Jaen. De estas, Burgos, Leon, Sevilla, Córdoba, Murcia, Jaen y Toledo, como cabezas de reinos, tenían sus asientos y lugares señalados para votar. Las demas se sentaban y votaban sin orden fijo, y segun que acaecia colocarse en el principio de cada asamblea. Moviése en estas còrtes una disputa, que se hizo famosa, sobre preferencia de lugar entre las ciudades de Burgos y Toledo, alegando cada cual sus privilegios y antiguas glorias. Los grandes andaban en esta competencia divididos: favorecia á Burgos don Juan Nuñez de Lara, á Toledo el infante don Juan Manuel; asi los demas. El rey designado por juez en esta cuestion, la resolvió prudentemente, dejando á Burgos el primer lugar y voto que hasta entonces habia tenido, y dando á los diputados de Toledo un asiento aparte en frente del rey, diciendo éste ademas: *Hable Burgos, que yo hablaré por Toledo; ó en otros términos. Yo hablo por Toledo, y hará lo que le mandare: hable Burgos.* Con este espediente se dieron ambas ciudades por satisfechas, y esta fórmula siguió observándose mucho tiempo en las còrtes de Castilla. Dió particular importancia y celebridad á estas còrtes la gran reforma que se hizo en la legislación castellana, ya con el cuerpo de leyes conocido con el nombre de *Ordenamiento de Alcalá*, ya con la gran

novedad de haberse declarado ley del reino y comenzado á obligar á petición de Alfonso XI. el código de las *Siete Partidas* de su bisabuelo don Alfonso el Sábio, que hasta entonces no se habia aprobado en còrtes ni puesto en práctica ⁽¹⁾.

En cuanto al subsidio que Alfonso solicitaba para proseguir la guerra contra los moros, las còrtes de Alcalá, habida consideracion al objeto y atendido lo menguado que se hallaba el real tesoro, otorgaron aunque con repugnancia, la continuacion de la alcabala, cuyos inconvenientes se adivinaban ya, pero que se aceptaba como un remedio del momento. Con esto se apercibió el rey para emprender su nueva campaña; juntó y abasteció las huestes, movióse con el ejército á Andalucía, y asentó sus reales delante de Gibraltar (1349). Quemó y taló las huertas y casas de recreo de la campiña; combatió la plaza con ingenios y máquinas; pero como á mas de ser aquella fuerte de suyo, contaba con una guarnicion numerosa y bien bastecida, tuvo á bien Alfonso suspender los atáques inútiles y convertir el sitio en bloqueo esperando reducir la por hambre. Engañóse tambien en esta esperanza al castellano; y el refuerzo de cuatrocientos

(1) Mariana no dice una sola palabra, ni siquiera por indicacion, de esta innovacion importantísima en la legislación española, ni de estos dos célebres códigos de leyes. Nosotros nos reservamos examinar su índole y el influjo que ejercieron en la condicion política y civil del pueblo, cuando esponamos el estado social de España en la primera mitad del siglo XIV., y consideremos á Alfonso XI. como legislador, segun que lo hicimos con Alfonso décimo.